

El señor Racine era muy amargo en sus burlas y estaba naturalmente dotado de un ingenio maligno y zumbón, aunque atemperado por un gran fondo de probidad y por sus principios cristianos: ni sus mismos amigos se libraban de su sátira cuando daban materia para ello. Habiendo sentado un día, por inadvertencia, el señor Despréaux una proposición poco exacta, en la Academia de Inscripciones, el señor Racine no se contentó con una simple burla que nace á veces del fuego de la disputa, sino que, atacando rudamente á su amigo y llegando casi hasta insultarle, obligó al señor Despréaux á decirle: « Convengo en que no tengo razón, pero prefiero no tenerla á mostrarme tan orgulloso de tenerla como vos. »

Monchesnay refiere este rasgo y añade:

En cierta ocasión decía yo al señor Despréaux: « Paréceme que el señor Racine es tan satírico como vos. — Decid más bien, respondió, que es más maligno que yo. »

Todo el mundo sabía que Racine había llegado á la virtud por el camino de la religión, pues su temperamento le inclinaba á ser burlón, inquieto, envidioso y voluptuoso.

Es fácil observar que aquellas de sus obras que dieron lugar á disputas literarias están precedidas de dos prefacios escritos en tono muy diferente. El primero, inspirado por el sentimiento del ataque, deja ver el fuego de la pasión y del resentimiento; es violento, agresivo y arrebatado. El segundo se muestra más templado y prudente. La reflexión y el tiempo calmaron los primeros ardores. Racine fué un nervioso, un irritable y un cardíaco.

Fuera de sus momentos de malhumor, no hay que figurárselo como un hombre desagradable y gruñón. Era de trato agradable y de aspecto afable. Contéplesele en sus retratos, en el famoso busto de Santerre, en el lienzo de Rigaud, en el del Museo de Langres, en el de Tournières en Caen, en el dibujo de Bouchot, en la estatua de Lemaire en Versalles, y en el busto de Boizot, en la Comedia Francesa: la mirada es franca, la nariz noble, los labios sonrientes, la barba llena y redonda; se ve en seguida que estaba dotado de un corazón excelente y de un alma sensible; no hay nada seco, anguloso ó parcimonioso que altere aquella fisonomía franca, la misma que nos ha descrito piadosa y fielmente Luis Racine:

No era uno de esos poetas de inspiración hosca y huraña; por el contrario tenía una fisonomía hermosa y abierta, y puedo decirlo, pues Luis XIV la citó un día, entre las más hermosas fisonomías que veía en la corte, como una de las más felices. Á sus atractivos exteriores unía los de la conversación en la que nunca se mostraba distraído, ni poeta, ni autor; se cuidaba

1. Compárese esta riqueza de documentos, general en todos los grandes autores franceses, con la penuria que existe en este punto, entre nosotros. Ni siquiera estamos seguros de poseer un retrato auténtico del gran Cervantes. (N. del T.)

menos de manifestar su ingenio que de hacer ver el de las personas con quienes hablaba. Jamás hablaba de sus obras y respondía con modestia á los que le hablaban de ellas.

Dos años después de *Ifigenia* surgió otra rivalidad no menos despreciable, pero sostenida por una cábala poderosa y sin escrúpulos que logró impedir por algún tiempo el éxito de una nueva obra maestra, y contribuyó en gran parte, con las amarguras que procuró á Racine, á desviarle de la carrera dramática. En 1676, hacia fines del verano, corrió la voz de que trabajaba en una tragedia, imitación del *Hipólito* de Eurípides y que pensaba dar á la escena á principios del año siguiente. La duquesa de Bouillon, sobrina de Mazarino, y su hermano, el duque de Nevers, poeta aficionado, no desprovisto de talento, se habían erigido en árbitros del ingenio, del buen gusto y de las reputaciones.

Racine, que se hallaba en relaciones con los Condé, no formaba parte del círculo de los grandes señores y de los autores que se reunían en el hotel de Bouillon y, por esto mismo, era allí considerado como enemigo. Parecióles que el mejor medio de hacer fracasar su obra era presentar otra sobre el mismo asunto. Pradón, á quien se dirigieron puso manos á la obra lleno de presuntuosa vanidad. Sólo le quedaban tres meses para dar cima á la empresa al mismo tiempo que su rival; al cabo de algunas semanas y con el auxilio de todos los ingenios de la casa, terminó su pieza que fué representada en el teatro del Palais-Royal el 3 de enero. La *Fedra* de Racine había sido representada el día primero de año en el hotel de Borgoña.

La cábala no perdonó medio alguno. La duquesa de Bouillon gastó quince mil libras en alquilar los primeros palcos en las seis primeras representaciones de ambas piezas. Por un momento pareció indeciso el éxito de la lucha y Racine se hallaba desesperado. Pero cuando el dinero de la duquesa dejó de privar al público imparcial de dar libremente su opinión, recobró sus derechos el buen sentido. El éxito de Pradón fué declinando rápidamente y seis meses más tarde su obra había pasado á la categoría de recuerdo.

Quedó Racine victorioso, pero se hallaba desalentado y, á pesar de los testimonios de estima y del generoso apoyo del príncipe de Condé, á pesar de los esfuerzos de sus amigos para reanimar su valor, y especialmente de los de Boileau, que compuso en alabanza suya una de sus más hermosas epístolas, resolvió renunciar para siempre á la tragedia. Por otra parte, no fueron los ataques de sus enemigos el único motivo que le determinó á ello. Hacía algún tiempo que se venía verificando en él una transformación interior. Sosegadas ya las pasiones y llegada la edad madura, volvió á las austeras creencias de su juventud y al recuerdo de los antiguos afectos. La tragedia de *Fedra*, expresión

tan intensa de verdad humana, manifiesta el esfuerzo hacia una moral más elevada; él mismo afirma en el prefacio el deseo de reconciliar á la tragedia « con gran número de personas célebres por su piedad y su doctrina que la han condenado en estos últimos años ».

Estas personas no eran otras que sus antiguos amigos de Port-Royal, con quienes quería reconciliarse. Lo más difícil era reconquistar la amistad de Arnauld. Boileau le presentó la tragedia de *Fedra*, cuyo sentido cristiano aprobó. Boileau le pidió entonces permiso para llevarle á su amigo. « Fueron á su casa al día siguiente, dice Luis Racine, y aunque había numerosa concurrencia, el culpable, al entrar, con humildad y confusión, se arrojó á sus pies; el Sr. Arnauld se echó á los suyos; ambos se abrazaron y el maestro prometió olvidar lo pasado y ser siempre su amigo. »

El divorcio de Racine con el teatro fué completo. ¿Hasta qué punto hay que atribuirlo á cierto asunto de envenenamiento en que se vió mezclado, por haberle acusado la Voisin de la muerte de la Srta. Duparc? En este proceso, ahogado en un principio y que nunca ha llegado á ponerse en claro, reina la mayor obscuridad.

Dejó incompletas una tragedia *Alceste*, casi acabada, y una *Ifigenia en Táurida* cuyo primer bosquejo se encontró entre sus papeles. Su fervor religioso era tan ardiente en un principio que quería hacerse cartujo; pero su confesor, más prudente, le aconsejó, como cosa preferible, un matrimonio burgués y cristiano.

Racine siguió su parecer y el primero de junio de 1677 se casó en la iglesia de Saint-Severín con Catalina de Romanet, huérfana de veinticinco años, cuyo padre, Juan Andrés de Romanet, había sido alcalde de Montdidier y tesorero de Francia en Amiéns. En esta unión parece haber predominado la razón más bien que el sentimiento. La Srta. de Romanet podía ser muy juiciosa y muy mujer de su casa, pero carecía de cultura y su indiferencia en cuanto á las cosas del ingenio era prodigiosa. Ignoraba lo que era un verso; jamás había visto ni aun leído ninguna de las tragedias de su esposo y sólo conocía los títulos por haberlos oído citar en la conversación. Es muy difícil admitir que reinase perfecta unión entre los corazones cuando había tal divorcio entre las inteligencias.

En el mes de octubre de 1677, fueron nombrados Racine y Boileau historiadores del rey en reemplazo de Pellissón. Racine consideró este favor real como una gracia del cielo que le permitía perseverar alejado de las letras profanas y al mismo tiempo respondía á una necesidad de su corazón. El amor á Luis XIV había reemplazado en su alma todas las pasiones mundanas: el rey era el único culto humano legítimo á sus ojos, y su mayor deseo consistía en consagrarle su vida. Puso manos á la obra con ardor, leyendo á Mézeray, á Siri, consultando los

documentos que el rey hacía poner á su disposición, y recogiendo con el mayor cuidado cuantos datos podían serle útiles. En 1678, siguió al príncipe al sitio de Gante en compañía de Boileau. La presencia en el campamento de aquellos dos burgueses pacíficos, « Caballeros de lo Sublime », como los llamaban por burla, jinetes muy medianos y sin pretensiones belicosas, no dejó de dar lugar á algunas bromas, y sus mismos amigos eran con frecuencia los primeros en tender lazos á su candidez. Sin embargo esto no aminoraba la consideración de que gozaban en el ejército. Vaubán y Luxembourg los tenían en gran estima y les facilitaban con el mayor agrado y cariño cuantos informes y noticias podían necesitar.

Cuando más tarde se resintió demasiado la salud de Boileau para poder seguir las operaciones militares y entregarse á un trabajo asiduo, recayó casi todo el peso en Racine. Siguió al rey á Alsacia, á Luxemburgo, á Bélgica, al sitio de Namur y á la campaña de los Países Bajos. Quería escribir una historia completa del reinado de Luis XIV y redactó algunas partes de ella; pero todo quedó destruido en 1726 en el incendio de la casa Valincourt, en Saint-Cloud. Los extractos editados con el nombre de *Fragmentos Históricos* son simples notas que jamás pertenecieron al cuerpo de la obra, y la *Relación del sitio de Namur* fué un trabajo aparte, publicado casi inmediatamente después del suceso.

Racine se hallaba entonces en lo más brillante de su carrera. El rey le estimaba en el más alto grado por la exquisita gracia de su ingenio, por el encanto de su conversación, por la distinción de sus modales, y por la inteligente nobleza de su fisonomía que el monarca consideraba como una de las más hermosas de su corte. Habíale señalado en Versailles un departamento que, después de su muerte, fué ocupado por una princesa de la sangre. Gustábale sobre todo su dicción: en 1696, durante una enfermedad que le quitaba el sueño, agradábale tener á Racine en su cámara para que le leyese las *Vidas de Plutarco*. No le estimaba menos Mad. de Maintenón y, á veces, cuando el rey no estaba ocupado con sus ministros ó cuando el tiempo se les hacía largo á ambos, llamábanle para distraerse con su conversación. También gustaba mucho de su compañía el gran Condé, y su nieto, el duque de Borbón, experimentaba el mayor placer en sentar al poeta á su mesa. Tenía siempre á su lado un cuaderno donde anotaba las más ingeniosas ocurrencias de su convidado. Toda la corte le estimaba y Saint-Simon, el juez implacable, escribía: « En su trato no se advierte nada de poeta y sí mucho de hombre honrado y modesto. »

Por muy lisonjeros que fuesen estos triunfos no podían hacer olvidar á Racine el cuidado de su familia, y las más felices horas de su vida eran las que podía pasar entre los suyos. Había tenido siete hijos de su matrimonio: Juan Bautista Racine, que, después de la muerte de su

padre, abandonó la diplomacia y vendió su empleo de gentilhombre ordinario para consagrarse por completo al estudio; murió en 1747 sin haber publicado nada; María Catalina Racine, nacida el 16 de mayo de 1680, que entró primero en las Carmelitas, después en Port-Royal, de donde tuvo que salir por su mala salud, y casó en 1699 con el Sr. de Morambert; Ana Racine, nacida el 22 de julio de 1682, religiosa en Melún; Isabel Racine, nacida el 31 de julio de 1684, religiosa en el convento de damas de Variville; Juana Francisca Racine, nacida el 29 de marzo de 1686 que, después de la muerte de su madre en 1732, se retiró á la abadía de Malecote; Magdalena Racine, nacida el 14 de marzo de 1688, la cual, aunque no fué religiosa, consagró su vida á obras de piedad; por último, Luis Racine, poeta elegante pero sin vigor, que escribió la *Religión*, y murió en 1763¹. Su padre los quería con entrañable ternura. Las *Memorias* de su hijo Luis y su propia correspondencia con su hijo mayor nos le presentan como el más sencillo y cariñoso de los hombres. Juega con sus hijos, les aplica los más dulces diminutivos, rechaza una invitación á Chantilly para no privarlos de una satisfacción. No hay detalle que olvide su solicitud; preocupanle en particular los cuidados de la educación; quiere para sus hijos una instrucción sólida, tal como la había recibido él mismo de sus maestros, pero tiembla al pensar que puedan seguir la carrera de las letras y de la poesía. Asústale la inclinación que muestra al parecer su hijo mayor hacia la novela y el teatro; confía sus temores á Boileau y le ruega que aconseje al joven. Su mayor ambición consistía en hacer á sus hijos cristianos sinceros y no perdía ninguna ocasión de inclinar sus almas hacia las ideas religiosas. Él mismo les daba el ejemplo de la más fervorosa piedad. Port-Royal había recobrado su antigua influencia; nuestro poeta vivía con sus antiguos maestros en la más agradable intimidad, veía con frecuencia á Nicole que se había retirado á París, mantenía con Arnauld, desterrado, continua correspondencia, trabajaba por conseguir el levantamiento de su destierro y le sometía sus obras. Iba con frecuencia á Port-Royal á pesar del descrédito que esta casa disfrutaba en Versalles, y todos los años llevaba allá á su familia para la procesión del Corpus. Con frecuencia recurrieron las religiosas á su valimiento con el arzobispo de París y Racine escribió su *Compendio de la historia de Port-Royal* para auxiliar las investigaciones del Sr. de Noailles, sucesor de Harlay.

En 1688, se pensó en distraer á las jóvenes de Saint-Cyr y formar al mismo tiempo su gusto con ejercicios dramáticos. Representaron primero *Cinna*, *Ifigenia* y luego *Andrómaca*. Pero esta última pieza la interpretaron con tal pasión que Mad. de Maintenón asustada escribió

1. Véase lo dicho en las notas, págs. 642 y 650.

á Racine: « Nuestras jóvenes acaban de representar vuestra *Andrómaca* y lo han hecho tan bien que no la volverán á representar ni ninguna otra de vuestras obras. » Rogábale que compusiese para dichas jóvenes una obrita ligera que, destinada á no salir de Saint-Cyr, no había de comprometer su reputación. Racine vaciló al principio.

Desde la representación de *Fedra* había observado fielmente el compromiso que se había impuesto de no ocuparse más en asunto de letras. Salvo algunos trabajos que tuvo que hacer por obligación de su empleo, una ópera de *Faetón*, en 1680, en colaboración con Boileau, y que no tuvo siquiera que terminar, una introducción y un madrigal para las *Obras de un autor de siete años*, el duque del Maine, y la traducción del *Banquete* de Platón, que le había pedido la abadesa de Fontevrault, no había sentido despertarse en él sí antiguo poeta sino para el *Idilio sobre la paz*, para uno ó dos epigramas que eran su flaco, y para sus discursos académicos. Por otra parte estaba en todo su apogeo la *Querrela sobre los antiguos y los modernos*, en la que había tenido que seguir á Boileau, y temía dar ocasión á nuevos ataques.

Sin embargo no podía desairar á Mad. de Maintenón. Después de maduras reflexiones creyó haber hallado en el asunto de *Ester* lo que se le pedía, y puso manos á la obra. En pocos meses acabó la pieza y las alumnas de Saint-Cyr la representaron en enero de 1689. Fué el mayor éxito de Racine. El Rey que había asistido á la primera representación no cesaba de hablar de ella y volvió varias veces á ver la pieza. Había además el atractivo de ser aquél un espectáculo cerrado al que sólo podía asistirse por especial favor; las delicadas alusiones que abundaban en la obra, la belleza de los versos, la condición de las mismas actrices, todo, en fin, contribuía al triunfo. Mad. de Maintenón tuvo miedo por la modestia de las jóvenes é hizo cesar las representaciones públicas después de la sexta; pero la pieza quedó en el repertorio de la escuela y siguió representándose hasta la supresión de la misma por el gobierno revolucionario.

Dos años después acabó Racine, con destino á las mismas intérpretes, una obra nueva, *Atalia*, sacada igualmente de los libros santos. Pero el éxito de *Ester*, que convirtió á las colegialas de Saint-Cyr en comediantas de corte, había despertado los escrúpulos de varias almas austeras, y los enemigos del poeta, cuya envidia se mostraba con más acritud que nunca, cubriéndose con el manto de la religión, gritaban escandalizados. Mad. de Maintenón se sintió acometida de grandes escrúpulos y no se atrevió á hacer representar en público *Atalia*. La pieza no salió de Saint-Cyr sino para ser recitada sin aparato teatral en una cámara de Versalles, en presencia del rey y de algunos íntimos. Produjo la más viva impresión, pero cuando apareció impresa algunos meses más tarde no logró entusiasmar al público. La envidia se aprovechó de esta frialdad

para desencadenarse contra la obra maestra dirigiendo al autor los más bajos insultos.

Racine llegó á dudar de sí mismo, á pesar de las protestas de Boileau, y dió siempre la preferencia á *Fedra*. Una nueva merced del rey, que acababa de nombrarle gentilhombre ordinario, no bastó para consolarle y renunció solemne é irrevocablemente á la tragedia.

El señor Racine, dice Monchesnay, algunos años antes de su muerte sentía cierta especie de indiferencia hacia sus obras. Jamás quería corregir las pruebas de una nueva edición ni hacer algunos cambios que parecían necesarios. El señor Despréaux se encargó de ello para gloria de su amigo.

Su última inspiración de poeta le dictó, en 1694, su canto del cisne, los *Cánticos espirituales* en que se despliega con toda su armoniosa amplitud su genio lírico que había iluminado ya con melodiosa claridad las estancias de los coros de *Ester* y de *Atalia*.

Á principios de 1698, tuvo Racine la pena de ver que los sentimientos del rey se enfriaban con respecto á su persona. La causa no se ha puesto en claro. En una carta á Mad. de Maintenón con fecha de 4 de marzo de 1698, atribuye Racine su desgracia á una memoria que presentó al monarca para que le eximiese de una contribución de diez mil libras impuesta á todos los oficiales de hacienda á causa de la penuria del tesoro y, para justificarse, hace alusión á las acusaciones de cábala y de jansenismo dirigidas contra él. Luis Racine habla de una *Memoria acerca de la miseria del pueblo* redactada por su padre á petición de Mad. de Maintenón y sorprendida por el rey; hasta refiere, para dramatizar el relato, una entrevista secreta en los jardines de Versalles entre Racine y su confidenta. Es más verosímil lo de la memoria dirigida por Racine al rey para que le eximiese del pago del impuesto; sin duda se mostró Racine demasiado insistente en su demanda y esto indispuso á Luis XIV. Sin embargo, los hechos demuestran que su desgracia no fué nunca completa y definitiva.

Racine conservó hasta el fin su departamento en Versalles y acompañó siempre á la corte á Fontainebleau y á Marly; Luis XIV manifestó, durante su enfermedad, la mayor solicitud, habló de su muerte con las más cariñosas expresiones y concedió á su viuda y á sus hijos una pensión de dos mil libras.

Léese en la *Bolaeana*:

Después de la muerte del señor Racine el señor Despréaux fué á la corte á proponer al rey al señor de Valincour como su socio para los trabajos de la Historia. Apenas divisó el Rey al satírico, le gritó: « Despréaux, hemos perdido mucho vos y yo con la muerte de Racine. — Lo único que me consuela, Señor, repuso el señor Despréaux, es que mi amigo ha muerto muy cristiana y muy animosamente, aunque temía mucho á la muerte. — Sí,

sí, replicó el Rey, ya recuerdo que en el sitio de Gante erais vos el valiente. »

Un rey no habla así de un hombre á quien no tiene afecto.

Sin embargo es posible que este disfavor abreviase los días del poeta. En el mes de septiembre de 1698, se sintió atacado de violentos dolores en el costado derecho, formándosele un tumor. Eran los prodromos de una enfermedad de hígado que puso fin á su vida el 21 de abril de 1699, después de crueles sufrimientos sobrellevados con la mayor firmeza. Había pedido que sus restos fuesen llevados á Port-Royal é inhumados en el cementerio, á los pies del Sr. Hamón su antiguo maestro. Cumplióse su deseo y se grabaron en su tumba dos epitafios latinos, uno de los cuales había sido compuesto en francés por Boileau y traducido por Dodart. Pero, después de la destrucción de Port-Royal, en 1709, se dió orden á las familias que tenían parientes en el cementerio de la Abadía, de que los hiciesen enterrar en otro sitio, pues de otra suerte se verían dispersas sus cenizas. El cuerpo de Racine fué trasladado el 2 de diciembre de 1711 á la iglesia de San Esteban del Monte al mismo tiempo que los de Lemaistre y de Saci. La lápida sepulcral, abandonada en las ruinas del monasterio, fué encontrada en 1808 en la iglesia de Magny-Lessart, cerca de Port-Royal.

Diez años más tarde, el 21 de abril 1817, aniversario de la muerte del poeta, en presencia de una diputación de la Academia francesa, fué trasladada solememente á San Esteban del Monte y colocada en la capilla de la Virgen.

Completan la lista de sus obras odas, epigramas, cánticos espirituales, un *Compendio de la Historia de Port-Royal*, *Fragmentos históricos*, un *Compendio del reinado de Luis XIV*, una *Relación de lo que pasó en el sitio de Namur*, traducciones ó comentarios de autores, y cartas.

Racine es considerado como un modelo inimitable de poesía, de dulzura, de armonía, de perfección en la forma y de vivacidad en el sentimiento. En tanto que Marivaux se dedica á explorar los ocultos senderos del corazón humano, Racine ha recorrido triunfalmente la vía principal. No ha habido psicólogo más perspicaz que él; conoce maravillosamente el alma humana, sus agitaciones, sus alegrías y sus desencantos hasta en los más recónditos repliegues.

Se le ha reprochado el ser muy de su tiempo y el haber, á imitación de la Srta. de Scudéry, civilizado y modernizado la historia, presentando escenas en que Pirro se muestra galante y Bayaceto no parece turco.

Creo, en efecto, que se han buscado inútilmente en Racine la verdad histórica y el color local; ni él ni ninguno de sus contemporáneos se cuidaban de semejante cosa. Para él son letra muerta la teología y la crítica, y aquel historiógrafo real no pensó nunca en ser historiador

dramático. Agradó á su época por las cualidades de gracia, de elegancia y de galantería que entonces estaban en boga y la actualidad tiene no poca parte en sus primeros éxitos. Pero si ha sobrevivido á sus contemporáneos y si no ha dejado de agradar, no se debe á lo verídico de sus evocaciones antiguas, que son incontestablemente modernas, sino á la parte de verdad externa y de humanidad general que ha sabido infundir en sus obras maestras y que las anima impidiéndoles envejecer.

Taine, en una página llena de ingenio y muy célebre, proponía representar las piezas de Racine en trajes de la época de Luis XIV:

Si yo tuviese el placer de ser duque y el honor de ser millonario, intentaría reunir algunas personas muy nobles y encoquetadas; sacudiría todas las ramas de mi árbol genealógico para hacer caer de ellas alguna vieja parienta dogmática que hubiese conservado en la soledad de la provincia la dignidad y la cortesía de la antigua corte y le suplicaría que me honrase con sus consejos. Adornaría algún alto salón con paneles esculpidos y largos espejos algo verdosos, é invitaría á mis huéspedes á procurarse el placer de representar á los manes de sus abuelos. Guardaríame de aprisionar sus pantorrillas en trajes de mallas y de hacer resaltar sus codos puntiagudos para imitar la desnudez antigua. Dejaría á un lado los desdichados disfraces griegos que Lekain y más tarde Talma impusieron á nuestro teatro; les propondría que se vistiesen como los cortesanos de Luis XIV, que aumentasen únicamente la magnificencia de sus bordados y dorados, y que aceptasen cuando más de vez en cuando un casco semiantiguo, disimulándolo con un gran airón de plumas caballerescas. Pediría por favor á las damas que se dignasen hablar como de ordinario, conservando todas sus delicadezas, sus coquetarías y sus sonrisas, hasta el punto de creerse en un salón de una verdadera corte. Sólo entonces, y por vez primera, vería el teatro de Racine y me figuraría haberlo comprendido al fin.

¿Sería esto un remedio? ¿No equivaldría á reemplazar un mal con otro y un traje con otro? Para nosotros, que vivimos en el siglo xx, el traje Luis XIV es un traje histórico cuya restauración trae consigo, como todas, la investigación y el respeto del color local. Para los contemporáneos de Racine era apenas un disfraz; era casi el traje de todo el mundo, la moda de la época.

Racine trabajaba sin cuidarse para nada del atrecista. La estética teatral ha cambiado mucho desde entonces. Pero si quisiese uno formarse idea más exacta de una tragedia de Racine, el mejor medio sería tal vez renunciar al traje, pensar que el poeta ha pintado al hombre de todas las épocas, más bien que al hombre de un siglo; y, por muy paradójica que pueda parecer la idea, deberíamos tal vez representar las tragedias de Racine con los trajes de nuestra época.

Pero esta misma idea nada vale, como puede comprobarse todos los años en el concurso público del Conservatorio de Declamación. Véase allí el quinto acto de *Andrómaca* representado por un actor de frac y se

convencerá uno de que á la tragedia no le sientan bien ni el frac ni el traje Luis XIV, por más que diga Taine, sino la toga y el peplo, es decir una vestidura amplia, flotante y que se preste á los movimientos violentos. No puede haber tragedia si no hay catástrofe, infortunio real, desgracias que pasen del nivel común. Para expresar semejantes accidentes es preciso accionar de un modo extraordinario con brazos y piernas y agitarse de una manera desordenada. Un Orestes de frac puede hacer todo esto, pero con detrimento de su dignidad. El frac negro no se acomoda á tan tumultuosas manifestaciones. Al cabo de un instante la pechera se ahueca y se sale de la escotadura del chaleco; éste se levanta y hace salir la camisa por encima de la cintura; los puños se salen de las mangas y no hay medio de hacerlos entrar de nuevo; la blanca corbata se sale del botón del cuello y el lazo va á parar á un lado; el cuello mismo se arruga y en la parte baja del chaleco se dejan ver los tirantes; el pantalón pierde inmediatamente su corrección; en fin, en poco tiempo no tenemos ya un Orestes desgraciado sino un Orestes borracho y desastrado. Como se ve, es indispensable el peplo.

La verdad imperecedera é inmutable ha asegurado á Racine la perennidad del triunfo y de la gloria. No ha pasado « como el café », según la frase, no de Mad. de Sévigné sino de Voltaire.

Lo mismo por la expresión que por el sentimiento se halla por encima de todo lo que ha brillado en nuestra literatura. La Harpe ese crítico tan inicuaamente desdeñado, pensaba con mucha verdad:

Racine, que había recibido de la naturaleza el oído más sensible y el tacto más delicado de las conveniencias, fué el primero en conocer la importancia que tenfa la ciencia de la palabra exacta y de los efectos de la armonía, ciencia sin la cual el hombre de más genio no puede ser un gran escritor, porque el natural más afortunado no produce nada perfecto y sólo el arte puede darle lo que le falta... La expresión de Racine es tan natural que no sería posible hallar otra, y cada palabra se halla colocada de manera que parece que no es posible colocarla de otra suerte. El tejido de su dicción es tal que no es posible cambiar, agregar ni quitar nada; es un todo que parece eterno. Sus mismas inexactitudes son con frecuencia sacrificios hechos en aras del buen gusto, y no habría nada más difícil que rehacer un verso de Racine. Nadie ha enriquecido nuestra lengua con mayor número de giros; nadie se muestra más atrevido ni con más suerte ni más prudencia; nadie juzga las metáforas con más gracia y exactitud, nadie ha manejado nunca con más dominio un idioma, con frecuencia rebelde, ni con más destreza un instrumento siempre difícil; nadie ha conocido mejor que él esa molición del estilo que no hay que confundir con la debilidad y que comunica al mismo cierto aire de facilidad que oculta á los ojos del lector la fatiga del trabajo y los resortes de la composición; nadie ha medido mejor el período poético, la variedad de las cesuras, los recursos del ritmo y el encadena-

miento y filiación de las ideas. Por último, si se considera que su perfección puede compararse con la de Virgilio y que hablaba una lengua menos flexible, poética y armoniosa, se convendrá de buen grado en que Racine es el hombre mejor dotado por la naturaleza para la poesía.

En su época se le oponía á Corneille, y las opiniones andaban muy divididas. Los viejos preferían tal vez en Corneille el recuerdo de su juventud; cornelianos y racinianos disputaron agriamente, y unos y otros se equivocaban. Es un error oponerlos uno á otro. Lejos de perjudicarse, se completan porque son diferentes. Si Corneille no hubiera escrito sus más hermosas tragedias, hubiérale faltado al siglo xvii la expresión elocuente, calurosa, potente y arrebatadora del heroísmo; y sin Racine le hubieran faltado también toda la ternura, el amor y la pasión verdadera, espontánea y humana que ha puesto en su poesía. La Bruyère lo ha dicho, y conviene citar y recordar tan admirable paralelo:

Racine se muestra siempre igual y el mismo en todo, ya en el dibujo y desarrollo de sus piezas, que son exactas, regulares, basadas en el buen sentido y en la naturaleza, ya en la versificación que es correcta, rica en sus rimas, elegante y armoniosa: es exacto imitador de los antiguos cuya nitidez y sencillez de acción ha seguido escrupulosamente; ni siquiera le han faltado, lo mismo que á Corneille, lo grande y lo maravilloso, lo conmovedor y lo patético.

Corneille nos subyuga con sus caracteres y sus ideas; Racine se conforma con los nuestros; el uno pinta á los hombres como deberían ser, y el otro tal como son. En el primero hay más de lo que se admira y aun de lo que se debe imitar; en el segundo hay más de lo que uno reconoce en los demás y de lo que experimenta en sí mismo. El uno eleva, maravilla, domina, instruye; el otro agrada, conmueve, toca, penetra. El primero maneja todo lo que la razón tiene de más hermoso, noble é imperioso; y el segundo todo lo que la pasión tiene de más lisonjero y delicado. En el uno hay máximas, reglas y preceptos, y en el otro gusto y sentimiento. Las piezas de Corneille nos preocupan más, mientras que las de Racine nos conmueven y enternecen en mayor grado. Corneille es más moral y Racine más natural. Parece que el uno imita á Sófocles y el otro á Eurípides.

En cuanto á su ciencia del corazón humano, que se desprende con evidencia luminosa de cada una de sus tragedias, he aquí lo que dice un pensador, Lamennais:

Virgilio y Racine, inclinados ambos á una suave tristeza y á una soñadora melancolía, han sobresalido en la pintura de los sentimientos apasionados y tiernos, llegando ambos á la perfección de la forma. Las líneas de su estilo ondulan con la misma pureza y con la misma delicadeza y gracia exquisita que las de las más hermosas estatuas griegas. En aquellos versos tan sabios en que el arte llevado á su último extremo parece natural, no se echan de ver ni el trabajo ni el esfuerzo; el espíritu admira en ellos con transporte una especie de naturalidad ideal. ¡Y cómo escudriñan los abismos del corazón!

¡Cómo penetra Racine sus misterios, cómo descubre sus contradicciones, sus secretas astucias, sus variados movimientos, los súbitos arranques y los bruscos retrocesos! Luego, de ese corazón tan movable y tan oculto á sí mismo, sale de pronto una de esas palabras sencillas en que se revelan la madre, la esposa, la amante, uno de esos acentos que se tomarían por el sonido mismo del alma. Racine es el Rafael del drama, pues reúne todas las cualidades instintivas de este gran maestro: expresión, dibujo y colorido á la vez sombrío y brillante.

Si deseamos conocer la opinión de los poetas acerca de la actualidad, la ley y la sonoridad de su poesía, oígase lo que dice su hermano en armonía, Lamartine, porque hay que confesar que los versos de Racine tienen una dulzura lamartiniana ó que á los versos de Lamartine les comunican su melodía y sonoridad cristalina un encanto raciniano:

Racine, es decir la perfección encarnada en la lengua poética en Francia. Compadecemos á los que no sienten esa perfección de lengua en un hombre providencial para nuestra literatura. La lengua poética moderna se encarnó en Racine. El verso se reconstruye con la grandiosidad del de Homero y la pureza del de Virgilio. En materia de dicción poética, después de él es posible bajar pero no subir, á no ser que se excedan los límites de la naturaleza. *Atalia*, esa obra maestra de la escena francesa y de todas las escenas, puede sostener el paralelo con todas las epopeyas y todos los dramas, con todas las lenguas de la India, de Grecia y de Roma. *Atalia* es el Partenón de las literaturas modernas. Francia ha creado á *Atalia* como Atenas creó el Partenón; porque Atenas produjo á Fidias y Francia á Racine. Aun cuando el país que ha producido á *Atalia* no hubiese producido más que esos mil quinientos versos, sería el primer país literario de Europa... Según nuestro parecer no hay paralelo posible entre *Atalia* y ninguno de los dramas antiguos ó modernos de ningún teatro profano. Sófocles, Eurípides, Goethe, Schiller y el mismo Shakespeare ceden el primer puesto á esta obra. En estos últimos tiempos parece como que se le da la preferencia á Shakespeare, colocando á Racine en lugar subalterno. Shakespeare mira hacia abajo y Racine hacia arriba; pero abajo están las tinieblas, y arriba la luz hija y esplendor del Eterno.

Dulzura humana, perfección de la forma y verdad de la pasión, son cosas que bastan para asegurar á Racine el primer puesto entre los poetas del amor y de la juventud y, si no se admite la extraña metáfora de Enrique Heine que, separándose de los primeros románticos, le rendía este homenaje: « En su seno se ven brotar las primeras violetas de la primavera », á lo menos puede aceptarse el elogio muy justo de Voltaire:

Racine excedió en mucho á los griegos y á Corneille en el conocimiento de las pasiones, y elevó al más alto grado posible la dulce armonía de la poesía y las gracias del lenguaje.

Racine nos conduce á los umbrales del siglo xviii y termina la revista